

# 21 capítulos de El Chavo del 8: una maratón a medias

Juan Fernando Hincapié

En 2019, la Editorial Rey Naranjo presentó la colección Primera Temporada, en la que Carolina Sanín, Carolina Vegas y Andrea Salgado contaron sobre sus experiencias con la televisión, en particular con *Sex and the City* y *Six Feet Under*, respectivamente. Del cuarto capítulo, un ensayo sobre “el programa número uno de la televisión humorística”, publicamos este fragmento.

El primer capítulo de esta media maratón lo veo la tarde del mismo martes 17 de diciembre. De entrada, me encuentro con la sorpresa de que el elenco en pleno (salvo por la Chilindrina, que estaba de baja por el nacimiento de su hijo Gabriel) está formado en el patio principal de la Vecindad: el profesor Jirafales toma la palabra y cuenta que el diario *El Herald* les concedió (a *El Chavo* y a *El Chapulín Colorado*) un premio por ser los mejores programas de humor de la televisión mexicana. El año es 1974: justo cuando el show tomaba vuelo. El Chavo habla después de su profesor y comienza a embrollarse agradeciendo las gracias muy agradecidas hasta que don Ramón dice que no le da uno no más porque trae *El Herald* y Qui-co cierra con “Cállate, cállate, que me desesperas”. Todos nos reímos y comienza la acción.

[...]

## Primera parada en zona de descanso

Con la técnica de “Manuscrito encontrado en...” Roberto Gómez Bolaños escribió el libro que lleva por título *El diario de El Chavo del Ocho*, que a Colombia llegó en 2007. La primera persona que redacta cuenta que un día iba por la ciudad y, pese a que sus zapatos no lo necesitaban, se sienta a que un niño se los limpie. Hay algo en el chico que le resul-

ta cercano y llamativo. Mientras cumple con su labor, el adulto le busca la charla y el niño va soltando información, pero de repente se siente avergonzado y calla. Al final, RGB decide darle una buena propina y el niño se pone muy contento porque con ese dinero se va a poder comprar muchas tortas de jamón. Por esto sale corriendo y deja olvidado su diario. Gómez Bolaños asegura que volvió un día sí y el otro también a tratar de devolvérselo, pero al niño se lo tragó la tierra, motivo por el cual RGB, advirtiendo que respetará en todo momento la narración del chico, pero que tendrá que darle sus retoques gramaticales, procede a consignarla en su propio libro.

Desde luego, el Chavo tenía una mamá, y ella todos los días lo dejaba en una guardería, se iba a trabajar y pasaba por él a la noche. Pero una noche no llegó. El Chavito la esperó por varios días, pero de la señora no se volvió a saber nada. De ahí se lo llevaron a un orfelinato donde no la pasó demasiado bien, pero al menos hizo un amigo, Chente, que murió poco después, lo que llevó al Chavo a pensar en escaparse hasta que una tarde lo comenta con la tenebrosa señora Martina, quien le contesta: “¡Haberlo dicho antes!” y le abre la puerta.

El Chavo vaga por la ciudad y en un mercado pide comida (porque sabe que robar está mal) y le dan dos zanahorias; un señor lo deja dormir dentro de unos carros que cuidaba y

el Chavo le ayuda a lavarlos y resultó que el tipo se metía a dormir él mismo en los carros acompañado de muchachas. El Chavo sigue deambulando por el D.F. hasta que da con una pandilla de niños, hay uno que se llama el Mochilas, porque era mocho, otro el Pinacate, y también está el Conejo. Estos chicos viven de hacer malabares y otras peripecias en los semáforos; el Chavito se va adaptando hasta que un día el Conejo muere atropellado por un carro y el Chavo, que presencié la escena, sale corriendo y corre y corre y un día, porque estaba llorando mucho mucho muchísimo, se metió a una vecindad y ahí se quedó. La ancianita que vivía en el 8 lo acogió porque le recordaba a un nieto y lo dejó quedarse en su casa. La señora estaba muy enferma, temblaba de pies a cabeza y estaba prácticamente ciega; el Chavo la ayudaba con los quehaceres y los mandados. Después de un tiempo la viejita muere y otra persona llega a vivir al 8, pero como todos ya aprecian al Chavo, o bueno, lo dejan dormir de manera alternada en sus depas, porque el Chavo no vive en el barril, eso lo sabe todo el mundo.

\*\*\*

[...]

## Segunda parada: un poco de agua

Luego de los primeros kilómetros de esta media maratón confieso que pierdo un poco el impulso, como a veces sucede en las maratones de a de veras (por salir a todo gas). Nunca pensé que ver *El Chanfle* —dejemos para más adelante *Sin querer queriendo*, las memorias de Roberto Gómez Bolaños— fuera a ser perjudicial para este proyecto. Siempre es mala idea conocer a tus ídolos.

*El Chanfle* es una película filmada en 1978 y estrenada en 1979. Gómez Bolaños ha afirmado una y otra vez que se negó a hacer un largo-

metraje de El Chavo, que era lo que querían los mandamases de Televisa y los entusiastas del programa. Quizá hubiera tenido más sentido una película del Chapulín Colorado, pero al parecer a Chespirito la idea tampoco lo entusiasmaba (los “trucos” que requería el personaje en el cine eran mucho más caros e imposibles de pagar en México, se lee en sus memorias) y se mantuvo firme en su postura. Ambas decisiones parecen, si bien timoratas, respetables. El problema es que la película es un desastre.

RGB propone una ficción donde él mismo, El Chanfle, es un muy torpe utilero del Club América de México quien, pese a que es feliz con su mujer (Florinda Meza, *of course*), es incapaz de embarazarla. Ramón Valdés es el director técnico del equipo, y su principal característica es que no le importa hacer lo que haya que hacer para que este gane. El Chanfle, desde luego, es bueno como el pan y honorable hasta la exasperación: ese era el mensaje de Gómez Bolaños. Édgar Vivar es el médico buena gente de las “Águilas” del América, que mediada la película se convierte en ginecólogo y termina atendiendo el parto de Florinda (de una niña, y como en la época estaba mal visto que las niñas jugaran al fútbol, entonces todos jodidos pero sonrientes) en pleno camerino del Estadio Azteca. El profesor Jirafales interpreta al honorable dueño del equipo (siempre que entra a su oficina, El Chanfle la acaba destrozando con una falta de coordinación que no se siente natural; de cualquier manera, al final Jirafales lo asciende a entrenador del equipo infantil), y la Chilindrina es algo así como la secretaria enamorada del goleador de esmirriadas piernas, Carlos Villagrán (de nombre y modos argentinos: Valentino). Además de ellos, el “Chato” Padilla interpreta a un ciudadano que está convencido de que El Chanfle lo robó, y Angelines Fernández es su mujer.

Hay algo positivo para decir de *El Chanfle I* (porque hay una secuela, *El Chanfle II*, pero la

verdad es que no tuve el estómago): Roberto Gómez Bolaños estaba a punto de llegar a los 50 años y uno se traga completito que su personaje tiene 32 y el de Florinda 27 (la actriz estaba por asomarse a la treintena). Considerándolo más a fondo, esta es la época en que mejor se les ve como pareja, un poco como las escenas de *El curioso caso de Benjamin Button* en que Brad Pitt y Cate Blanchett tienen exactamente la misma edad. Un último detalle: que la trama gire en torno al bebé que El Chanfle y su mujer no podían tener (y que en la vida real RGB no tuvo con Florinda) expresa a mi modo de ver un anhelo oculto del autor, no de agregarle un hermanito a sus seis hijos, sino tal vez de devolver el tiempo y cultivar una bonita amistad con Graciela y hacerle con calma al menos cuatro chamacos a Florinda Serafina.

Pero el tiempo no se devuelve, y por más buena onda que uno le meta a *El Chanfle*, la verdad es que no hay por dónde agarrarla. Es evidente que Gómez Bolaños mantuvo la técnica con que escribió para la televisión, cuando el largometraje le exigía nuevos retos, y quizá por esto mismo no hay películas de *Seinfeld*, *Friends*, etc. Al igual que *El Chavo del 8*, *El Chanfle* presenta un gran repertorio de torpezas, confusiones, repeticiones y reiteraciones, líneas argumentales que se terminan encontrando, esfuerzos por provocar ternura de unos personajes que no están facultados para ello. Si todo está bien con los personajes de *El Chavo*, lo contrario sucede cuando los actores que los interpretan salen de la Vecindad a escenarios y vidas distintas. Así, los consabidos trucos del escritor no solo no funcionan, sino que se gastan de entrada. Y no hay niños, ni adultos haciendo de niños, por lo tanto, pedirle concesiones al espectador es pedirle demasiado, y no hay nada en la hora y media de película que no se sienta impostado.

[...]



Fotofija, Chavo del 8, Chespirito, Televisa

En fin: no he quedado en los mejores términos con el creador de *El Chavo del 8*, y temo que el libro se me espese. Tras varias semanas sumergido en sus programas, caigo en la cuenta de un hecho que pasé por alto en medio de mi entusiasmo inicial: describir aquello que se repite no es en absoluto interesante, de manera que no tiene mucho sentido seguir contando los capítulos. Y, por la misma vía, se va volviendo claro que no debo aferrarme a la premisa de aleatoriedad.

Han sido unos días malos en todo sentido.

Así las cosas, creo que lo mejor es darnos una vuelta por Acapulco.

\*\*\*

Fragmento tomado del libro *El Chavo del 8* de Juan Fernando Hincapié, recientemente publicado por Rey Naranjo Editores. **Juan Fernando Hincapié** se graduó de la Maestría en Creación Literaria de la Universidad de Texas (El Paso), y realizó estudios de doctorado en Lingüística Hispánica en la Universidad de Houston. Es autor de *Gringadas*, *Gramática pura* y *Mother Tongue*.